

¿No me quieres y me dejas hoy sin ellas?
Estas que hay sobre la mesa están marchitas.

ALBERTINO

(Llegándose á ella, con entusiasmo infantil.)

¡Tú verás!... Quedan dos horas de mañana :
¡me ha de hallar en el jardín el mediodía!
y, al volver, he de llegar con tantas flores,
que la tierra, al pasar yo, quede florida,
porque, andando, me rebozen de las manos
y no pueda con la carga, madre mía...
Si te inclinas á coger las que han caído,
las que queden te las echo por encima
á montones, ¡á montones!... ¡Verás, madre!
¡No dirás de tu Albertino que te olvida!

(Sonríe Magdalena: la abraza el muchacho y da una corrida, desapareciendo á saltos por el fondo del jardín; viene á primer término Juan Pablo. Se habrá quedado Magdalena abatida en un sillón. Juan Pablo mira la puerta por donde ha desaparecido Don Diego y dice.)

JUAN PABLO

¿Volverá?

MAGDALENA

Por vez primera
le he visto salir de casa
sin que nuestros corazones
uno con el otro vayan.

Del mal grado recibió
la libertad que le daban ;
no vuelve á unirse, me ha dicho,
cuando se rompió, una espada.
Quitó al chambergo su pluma
y al cinto el broche de plata ;
ropas de flamenco viste,
del que era no guarda nada :
el que era ayer, se quedó
prisionero por España ;
la sombra que aquí tenemos
poco viento ha de llevarla.

JUAN PABLO

Los días lograrán...

(Se abre la puerta lateral derecha y, con su diestra herida y envuelta en telas negras, entra Mander en escena.)

MAGDALENA

(Irguiéndose al verle y con ronca voz, como si nombrara á un enemigo.)

¡Mander!

MANDER

Mander, señora, ¿qué os pasa?

MAGDALENA

Con el odio que sembrasteis,
de años hace en esta casa,

la guerra habéis puesto en ella :
¿venís á ver cómo acaba?

MANDER

¿No erais vos, con vuestro amor,
quien se prometió acabarla?
¿No dí yo mismo, soltando
las cadenas que encerraban
á vuestro Diego, ocasión
que el amor os le trocara?

MAGDALENA

Bien sabido os era, Mander,
que en aquel paso que dabais,
corrompía una traición
de un noble amor la eficacia.
Con achaque de servirnos,
hicisteis violencia á un alma :
de cómo os lo agradecieron,
vuestra mano magullada
dará razón...

MANDER

Son azares
de la guerra, noble dama;
pero, al fin, perder la mano
no es como perder la espada :
qué ésta deja en pie el honor
y el honor suple las armas.

JUAN PABLO

(Interviniendo para cortar la discusión.)

¿Y qué nuevas traéis, Mander?

MANDER

(A Juan Pablo, hiriendo habilidosamente en él todas las cuerdas de sus adormecidos resentimientos.)

Traigo nuevas que os tocan,
á ser vos como antes erais,
todas las fibras del alma.
Nos envía el de Alençon,
con dos mil caballos, Francia ;
nuestro príncipe Mauricio
viene con gente de Holanda
y ocuparon ya, de Amberes,
sin resistencia, el alcázar ;
Inglaterra, con su reina,
fleta naves que nos valgan :
con que ya somos Europa...

MAGDALENA

(Con un acento en que va su intensa admiración involuntaria.)

¡Y ella sigue siendo España!

JUAN PABLO

¿No cede?

MANDER

¡Jamás! Llamó
todos sus tercios de Italia,
y á estas horas, estas sendas
negrean ya con sus lanzas.
Se les ve llegar de lejos
y, cuando aun las miradas
no les distinguen, de anuncio

les va sirviendo y de alarma,
como en otro tiempo, el ruido
de su tambor y las llamas
de las cosechas perdidas,
de las aldeas quemadas.

JUAN PABLO

(Sin poderse contener.)

¡Maldición!

MAGDALENA

¡Padre!

JUAN PABLO

No temas
que él oiga y, si me escuchara,
con tanta razón me quejo,
que asintiera á mis palabras.

MANDER

*(Haciendo cada vez más suyo á
Juan Pablo.)*

Juan Pablo, no imagináis
de qué modo se levantan
por todos estos contornos
todas las gentes en armas;
que si, á moverlas, bastaron
no ha mucho vuestras palabras,
¡pensad cómo se alzan, hoy
que las mueve la venganza!

MAGDALENA

*(Viniendo á ellos, para imponer
silencio á Mander.)*

¡Mander!

MÁNDER

Lástima, Juan Pablo,
que hoy, cuando la tierra os llama,
brazos extraños os guarden
por fuerza dentro de casa.

MAGDALENA

¡Mander!

MANDER

¿En Flandes estoy
ó en los castillos de España?

JUAN PABLO

(Enardecido.)

¡En Flandes!

*(Cuando Magdalena ha venido á
primer término para apostrofar á
Mander, aparece en la puerta del
fondo la figura de Don Diego, que
oír los últimos versos: avanza des-
atentado, para gritar á Mander.)*

DON DIEGO

¡En Flandes, que es
tierra nuestra, Dios me valga!
—Mander: aunque bien pudiera,

pues sois de sangre villana,
partiros el corazón
con medio acero, hecho daga,
no lo he de intentar; que fuera
la contienda mal parada,
cuando á mí me sobran manos
y á vos una mano os falta.
Pero que entréis á sembrar
vuestro veneno, en la casa
donde, porque el barro es odio,
hablan tan sólo las almas,
no os lo consiento; y así,
mientras la puerta halláis franca,
salid; que víboras, que
quieran morderme las plantas,
¡no las veo, sin sentir
la comezón de aplastarlas!

*(Ha llegado á la puerta, y con
el gesto y la mirada impone á
Mander.)*

MANDER

*(Sin dar la cara; camino de la
puerta.)*

¿Y me pagáis, arrojándome
vilmente de vuestra casa,
el haber sido yo parte
en que volváis á habitarla?
¡Gran merced!

DON DIEGO

¡Esto va en creces;
porque á tiempo os dí la paga!

*(Mander va saliendo, sin poder
resistir el gesto del de España.)*

MANDER

(Desde fuera: amenaza sorda.)

Pues estas creces habrá
quien se encargue de tornarlas:
¡os lo dirán vuestros tercios
recién llegados de Italia!

*(Tiene Don Diego un estremeci-
miento y cierra las puertas por no
ver á Mander: se vuelve rápida-
mente á Juan Pablo.)*

DON DIEGO

Señor: á cuenta que los vuestros callen,
yo encerraré mis odios en el alma;
sepulcro es mi silencio de mi tierra
y por cruz, le pondré la de mi espada;
pero que insulten mi silencio manos
como ésta que mordí, porque es villana,
que, donde amor me ha desceñido el cinto,
venga á cebarse el odio con su daga,
no lo soporto: vuestro amigo es Mander
y vuestras son las puertas de esta casa;
mirad, si las abris, quién entra en ella:
tarde fuera después para cerrarlas.

JUAN PABLO

(Un poco agriado.)

Diego...

MAGDALENA

Padre, asentid...

JUAN PABLO

(Después de una pausa; cediendo.)

¡Por la paz sea!
Desde hoy, tú dispondrás á quien las abra.

MAGDALENA

¡Gracias, padre!... Y tú, Diego, olvida agravios.

(Con un arranque á los dos.)

¡Juntad las manos ante mí!

(Golpean varias veces la puerta con la empuñadura de una espada. Don Diego y Juan Pablo están con las manos extendidas, á punto de estrecharlas.)

DON DIEGO

(Recelando.)

¿Quién llama?

(Se oyen alegres voces afuera y ruido de armas.)

JUAN PABLO

No es uno solo: suena un griterío como de armada gente... ¿Quién?

VALDÉS

(Desde fuera, gritando.)

¡España!

(Caen las dos manos sin juntarse.)

DON DIEGO

(Estupor.)

¡Mis tercios!

JUAN PABLO

(A Don Diego.)

¿Qué hago?

DON DIEGO

Vos diréis

JUAN PABLO

Tú dices...

MAGDALENA

(Resuelta; viendo en una lucha tremenda á Don Diego.)

¡Abrir, porque su sangre se lo manda!

DON DIEGO

¡No!

JUAN PABLO

Piensa que es la guerra...

MAGDALENA

¡Dios con todos
y miremos la suerte cara á cara!

(Abre de par en par las puertas: entran el capitán Valdés, Don Luis

Gaytán, alférez, y Don Juan de Bracamonte, alférez también, aunque algo viejo; les siguen, sin entrar con ellos, los soldados Romero y Zapata. Entra con los tercios toda la luz del sol: la aventura, la vida heroica, la libertad, el aire de los campos. Juan Pablo, indignado, hace mutis por la lateral derecha. A su pesar, Don Diego permanece, ganado desde el primer momento por los recuerdos que suscitan en él sus viejos compañeros. En seguida, avergonzado y temiendo ser conocido, sale por la puerta del jardín. Pero, á media escena, á la frase de Valdés «Nos regía un capitán...», vuelve á aparecer en el fondo, siguiendo ansioso el diálogo para intervenir en el momento oportuno. Magdalena mide y domina la situación.)

VALDÉS

(A Magdalena, sin ver á Don Diego.)

Perdón, señora, si dimos en vuestras puertas cerradas con el hierro: no pudimos, mientras afuera estuvimos, poner en vos las miradas; pero ya que, entrando, os vimos, el corazón prevenimos y escondemos las espadas.

GAYTÁN

Da vista al mesón, Valdés,
y deja á la mesonera
que nos sirva el entremés:
la mesonera es después,
cuando la sed tiene espera.

MAGDALENA

¿Españoles de camino,
con este sol brabantino
se os secaron las gargantas?
Tengo agua fresca, buen vino,
mesa en que hagáis colación,
estas sillas y un sillón.

GAYTÁN

(Cogiendo una silla y contando las que quedan.)

Salimos tantos á tantas.

MAGDALENA

(Excusándose.)

No tiene más el mesón.

BRACAMONTE

(A los dos soldados que quedan sin entrar.)

Muchachos, ¿qué hacéis afuera?

GAYTÁN

(Colocando á la gente: á Magdalena, por las sillas.)

Bastarán de todos modos.

BRACAMONTE

(Haciendo entrar á los soldados.)

¡Aquí, que un vaso os espera!

GAYTÁN

(Después de colocar á la gente. Con galantería.)

¡Y en el sillón la hostelera, presidiéndonos á todos!

(Magdalena sonríe.)

VALDÉS

(Viendo en la mesa el jarro con las flores de Albertino.)

¡Lindas flores!... Una quiero...

(Va á cogerla, pero rápidamente Magdalena se apodera del jarro, que no suelta ya.)

MAGDALENA

¡No!

VALDÉS

No imaginéis que ingrato la arroje mustia á un sendero,

tras de acariciarla un rato;
la hubiera puesto á recato,
bien cuidada, á todo esmero,
bajo el noble garabato
de mi pluma, en el sombrero.
Y, una fuego, y la otra espuma,
fueran así, cifra y suña
de mi ánimo emprendedor,
una osadía la pluma
y una esperanza la flor.
Vos no queréis y me abrumba
vuestra negativa, viendo
que está junto á ellas, latiendo
vuestro corazón mejor;
decid, señora, ¿estas flores
son un presente de amores?

MAGDALENA

(Con intención.)

Vos lo dijisteis, señor.

GAYTÁN

Capitán Valdés, teneos;
¿se os pasan con galanteos
las fatigas del camino?

VALDÉS

No; pero me gusta el vino
beber sobre mis trofeos.

(Acercándose á Magdalena, sentado á medias en la mesa; actitud de galantería y de marcialidad á un tiempo.)

—Ojos que son, por mi mal,
estrellas de otro horizonte;
fuentes, hoy sin manantial
porque agotan el caudal
en las hierbas de otro monte;
si mis angustias les cuento,
si á vuestros pies me lamento
y en mis lágrimas ardientes
doy hartura á sus corrientes,
decid, señora, un momento:
vuestros ojos inclementes,
¿olvidarán que son fuentes
para aplacar á un sediento?

(Magdalena sonrie, jugando distraída con las flores.)

GAYTÁN

(Tirando del brazo á Valdés.)

¡Basta! Señora, traed
reparos para el camino,
y el capitán imagino,
ya que él os habla de sed,
que os lo tomará en merced
si le respondéis con vino.

MAGDALENA

Pues sólo un punto, señores,
mientras el refuerzo allego.

(Va á salir.)

VALDÉS

(Triste.)

¿Pero os marcháis con las flores?

MAGDALENA

Volveré con otras luego.

(Sale besando las flores y escondiendo la cara en ellas para no ver á Don Diego.)

BRACAMONTE

(Considerando al capitán Valdés, que no aparta sus ojos de la puerta por donde salió Magdalena.)

¡Romero y Zapata, aquí,
que, en los comienzos del fuego,
caer un herido vi!

ZAPATA

¿En qué fuego?

ROMERO

¿Dónde ha sido?

BRACAMONTE

El capitán, que ha querido
tomar una fortaleza,
y en lo más rético ha caído
con el corazón partido,
¡por no volver la cabeza!

VALDÉS

(Volviendo de su distracción.)

¡Sí que es linda la hostelera!

GAYTÁN

¡Y mujer!

BRACAMONTE

Linda es cualquiera
para un alto en la carrera,
cuando el corazón ansía
vivir, gozar todavía,
y la muerte nos espera
en el campo, al otro día.
Ya así, el amor no es exceso
de nuestra alma envilecida;
¡es que va á muerte!, y por eso
quiere el alma, á la partida,
despedirse de la vida
hebiéndosela en un beso.

VALDÉS

Verdad.

GAYTÁN

Linda es, para mí,
la mujer, cuando, en lo recio
de un saqueo, la advertí
y el bélico frenesí
se le convierte en desprecio...
¡Y el odio suyo, el horror
del combate, el estertor
del moribundo, aquel modo
de infierno desgarrador,
le dan más fuerza al amor,
que estalla y salta por todo!
Y ¿qué importa que ella, airada,
sus duros brazos retuerza,

si es mi presa, está ganada
y hay en mi cinto una espada
para rendirla por fuerza?

VALDÉS

¡Que siempre has de dar, Gaytán,
en agriarnos los humores
con tu sanguinario afán!

GAYTÁN

¿Pero es que hay torres que están
para rendirse con flores?

VALDÉS

Yo encuentro linda... ¿á qué hablar,
señores, si con mirar
tiene bastante cualquiera?
Como es nuestra mesonera,
será, si un día he de amar,
la mujer á quien yo quiera.
Ni en la cuesta ni al doblar,
ni otoño ni primavera;
en tal sazón la he de hallar
que ya no pueda mudar,
ni á perder ni á mejorar,
en una década entera.
Con esto, un modo de hablar
que no otorga y dice «espera»;
la tez de un justo pasar,
ni como espuma del mar
ni como gota de cera;
con un don de suspirar
que la alivie de severa,
y, en sus labios, al cerrar,

un desdén que es un pasar
 á una compasión que altera.
 ¡Resuelta para escuchar,
 honesta sin maliciar,
 dulce al ver, mirando fiera,
 mujer de tan buen entrar
 que en el alma ha de reinar,
 si en ella entró, hasta que muera!
 Decidida en el andar,
 española en el triunfar,
 campesina en el cantar
 y en el recato casera.

BRACAMONTE

Pues dejaste á tu hostelera,
 que sólo le falta hablar.

VALDÉS

¿Dónde vi yo una mujer
 que, sin ser ella, tenía
 semejante el parecer?

GAYTÁN

¿En Leyden herido, un día?

BRACAMONTE

¿En Cominges, al vencer?

ROMERO

¿En Breda, entrando á partir
 después de capitular?

GAYTÁN

¿En Amberes, al salir
 la guarnición á cambiar,
 que se quería rendir?

VALDÉS

No sé; pero juraría
 que mis recuerdos se van
 uniendo... ¿dónde sería?

GAYTÁN

¿En Nápoles?

BRACAMONTE

¿En Milán?

VALDÉS

(Recordando de pronto.)

No, ya sé: razón tenía.
 Fué en Flandes, y aún yo no había
 dejado la alferecía
 de que hoy disfrutas, Gaytán.
 Va de cuento... Nos regia
 un capitán, que venía
 mal herido, en el afán
 de la primera agonía:
 ¡señores, qué capitán
 el capitán de aquel día!
 Imaginad...

*(Todos se agrupan, escuchando,
 y no han visto entrar á Magdalena,
 que llega con vasos y botellas.)*